

Ella, que posó tierna
 Sus plantas en el suelo mexicano,
 Dejándonos eterna
 Muestra de su bondad, en la superna
 Imagen de su rostro soberano....

Mas ¿cuál de ese portento
 De ternura y amor es nuestro pago?...
 Muy débil es mi acento:
 Es humilde mi voz, mas dame aliento
 El pensar que una deuda satisfago,

El pensar, Virgen pía,
 —Que el Tepeyac eliges por morada—
 Que mi pobre poesía
 Dignárate acoger ¡oh Madre mía!,
 Porque en ella tu gloria es celebrada.

Pues es mi rudo canto
 Un tributo que rindo á tu alabanza,
 Y si ensalzo tu encanto,
 Es que eres Tú consuelo en el quebranto;
 Es que eres nuestra dicha y esperanza.

La esperanza querida
 Que al vacilante espíritu sostiene,
 En este de la vida
 Combate, en que la fe se ve agredida
 Por el genio del mal, que á herirla viene.

La esperanza halagüeña
 De obtener en la lucha la victoria

Por que el alma se empeña;
 De alcanzar á mirarte en la risueña
 Mansión de eterna dicha, excelsa gloria.

Donde en trono fulgente
 Ocupas del Señor la augusta diestra,
 Do el serafin ardiente
 Besa tu planta, humilde y reverente,
 ¡Madre pura de Dios y Madre nuestra!

Donde logremos verte
 Trás de los males del vivir, prolijos,
 Y por dichosa suerte,
 Miremos desde allí que hasta la muerte,
 Fieles, también, te adoran nuestros hijos.

Ampáranos, Señora,
 Y ampáralos también! La fe sencilla
 Que en nuestro pecho mora
 No se extinga en sus almas. La traidora
 Duda, jamás extirpe esta semilla.

No dejes que el oculto
 Poder de Satanás el triunfo alcance:
 Que cínico y estulto
 Quiere acabar ¡Oh Madre! con tu culto,
 De menguada impiedad en fiero avance.

Plomizos nubarrones
 Ennegreciendo van la faz del cielo,

Rugen los aquilones;
Mas puedes Tú calmar esos turbiones,
Que eres iris de paz y de consuelo.

Y si en tiempo lejano
Fué el escogido de tu afecto tierno
El pueblo mexicano,
Ténio siempre, Señora, de tu mano,
Y el amor que le guardas viva eterno.

Diciembre 12 de 1890.

EN LA GRUTA DE LOURDES (1)

(A MI MADRE.)

SONETO

Siento mis ojos inundarse en llanto,
Pero es llanto de amor y de alegría,
Que verte logro al fin ; Virgen María!
Tras largo tiempo de anhelarlo tanto.

Miro tu imagen de celeste encanto,
Tu santa imagen que en felice día
A la inocente niña aparecía,
En ventura tornando su quebranto.

Nombrarme puedo, á la verdad, dichoso
Que á la gruta do hablaste á la Pastora
Te vengo á ver desde mi hogar distante.

Vengo á obligar tu corazón piadoso
A que me acudas, Tú, Madre y Señora,
De mi existencia en el postrer instante.

Junio 26 de 1888.

(1) Nota segunda.

EN LORETO (1)

¡Oh sublime prodigio que conmueva
Hasta hacer de los ojos brotar llanto!
¡El Hijo del Señor, tres veces santo,
Toma carne humanal!

¡Y es este el mismo sitio venerable
Do á efectuarse llegó tal maravilla!...
Con gratitud inmensa la rodilla
Me apresuro á doblar.

Que aquí oraba la cándida doncella,
Gala de Nazaret, cuando el celeste
Paraninfo, que ciñe blanca veste,
Por Reina la aclamó,

Diciéndola: "De tí, llena de gracia,
Ha de nacer el Salvador del mundo..."
Y de Dios el Espíritu fecundo
Hasta Ella descendió.

Desde ese instante en que rugió el averno,
El infeliz Satán está aherrojado;
El hombre de su culpa rescatado
Por dicha iba á quedar.

Con él en lucha formidable y fiera
Estará siempre; mas Luzbel rendido
Por el poder de Dios quedó vencido...
Y nunca triunfará.

8 de Septiembre de 1900.

(1) Nota tercera.

AMOR FILIAL

EN EL TEPEYAC.

Casta Virgen indiana, dulce María,
Del mexicano Madre, Tú, Madre mía,
Oye mi humilde voz:
La plegaria ferviente que te dirijo,
Que á gloria tengo, Madre, llamarme tu hijo
Y rendir á tus plantas mi corazón.

La madre que á Dios plugo darne en
(el mundo
Amor supo inspirarme por Tí profunado
Para Tí, amor sin par.
Por ella yo tu nombre, dichoso, supe,
Tu nombre, morenita de Guadalupe,
Que hace de mis pupilas llanto brotar.

Yo abandoné gozoso los patrios lares
Y crucé procelosos, revueltos mares
Por visitarte á Tí,
Y en las alas llevado de mis deseos,
A la gruta que guardan los Pirineos,
Acuérdate, Señora, que á verte fuí.

¡Mas, para qué tan lejos? Si Tú viniste
A nuestro propio suelo. Si Tú quisiste

Con nosotros morar;
 Si eres la misma Madre que existe en
 (Francia,
 ¿Por qué cruzar, Señora, tan gran dis-
 (tancia
 Para ir allí tus glorias á celebrar?

Si estás entre nosotros, tierna y piadosa,
 Si el alma que pretende tu amor ansiosa
 Le das, Madre, tu amor.
 Otórgamelo, Madre, benigna y pía,
 Y en el tremendo instante de mi agonía
 Por Ti, por tu fiel hijo, ruega al Señor.

12 de Diciembre de 1899.

Ante la Pirámide de Cholula.

SONETO

Allí sobre la cumbre
 de esa colina
 Que los hombres formaron
 con arduo empeño
 Y el Cholulteca valle,
 vasto y risueño,
 Desafiando los siglos,
 guarda y domina;

Allí, cuando imperaba
 falsa doctrina
 Y era de las conciencias
 Satán el dueño,
 Culto le tributaban,
 hasta que el sueño
 Disipó del Anáhuac
 la fe divina.

Y alzaron de Cholula
 los moradores
 Un santuario á la Virgen
 de sus amores,
 A la Virgen purísima,
 Reina del cielo.

¡Virgen de los Remedios!
 ¡mi Madre Santa!
 Que el sitio santificas
 que holló tu planta:
 Del infernal espíritu
 libra á este suelo.

La Asunción gloriosa de Nuestra Señora.

ODA

Insólita alegría
 Del cielo reina en el inmenso espacio:
 Es que asciende María
 En alas de querubes, este día,
 Del Señor al mirífico palacio.

De jubiloso coro
 Doquier resuena el armonioso canto,
 Los arcángeles tañen arpas de oro,
 Que hasta el trono de Dios tres veces santo,
 Sube la Virgen de inefable encanto.

Su muerte, blando sueño
 Fué, que llegó á privarla de la vida,
 Pero su alma de nuevo al cuerpo unida,
 Torna al valle risueño
 Do fué por Dios en gracia concebida.

Si nació inmaculada,
 Libre de la de Adán odiosa herencia,
 ¿Cómo ser castigada
 Con pena decretada
 A carne que abrigó concupiscencia?

Si de su carne pura
 Forma humana tomara el Verbo santo,
 ¿Pudo sufrir la dura
 Ley de la destrucción, que pone espanto,
 Y se opera en la negra sepultura?

No, que tan sólo en ella
 Quedan las rosas con que tierna mano
 El féretro adornó de la doncella,
 —¡Oh, misterioso arcano!—
 Y madre del Ungido, casta y bella.

Las rosas que, aun fragantes
 Encuentran los discípulos amados
 —De asombro transportados—
 El túmulo al abrir, donde ellos antes
 Los despojos guardaron venerados.

Los despojos mortales
 No están allí so la pesada losa,
 De que fué removida no hay señales
 Y se escucha de voces celestiales
 Canción que llena el éter melodiosa.

Es que van traspasando
 Las elevadas nubes las legiones
 De espíritus angélicos, formando
 Glorioso pedestal, á quien reinando
 Vive hoy en nuestros fieles corazones.

Es el himno que entona
 La corte celestial, cuando el Eterno
 Ciñe á sus sienes la imperial corona,
 Que por Reina la abona
 Del cielo y de la tierra y del averno.

Del cielo, do asentada
 Quedó por siempre en trono diamantino,
 Sirviendo compasiva de abogada
 Ante el Poder divino
 Al mortal, de la tierra peregrino.

¡Oh, nueva Esther piadosa
 Que por nos ruegas al celeste Asuero,
 Como madre amorosa,
 Cree en tu Asunción gloriosa
 Con fe encendida el Universo entero!

Dame ¡oh, Señor! que el día
 Alcance, en que el Pontífice Romano
 Proclame desde el solio soberano
 La Asunción victoriosa de María...
 Y, al escucharlo, expire de alegría!

Puebla, á 5 de Junio de 1904.

EL ALMA Y DIOS

SONETO

—¡Cuánto anhelo tener veloces alas
Para elevarme á la región del cielo,
Abandonando el deleznable suelo
Do el vicio ostenta sus falaces galas!

—Con las virtudes el Empíreo escalas,
Así cumpliendo tu dichoso anhelo;
Ejercítate en ellas con desvelo
Y habitarás en las celestes salas.

—Mas ¡ay, Señor! si en el combate rudo
Contra el mal, sucumbiere por desgracia,
Vedada me será la excelsa gloria.

—Pon tu confianza en mí, yo soy tu
(escudo,
Pídeme, y te daré sumas de gracia,
Y el lauro ceñirás de la victoria.

CREPUSCULAR

SONETO

Va declinando el sol de mi existencia
A hundirse en el ocaso de la muerte,
Y á medida que avanza, mi alma advierte
Cuánta es ¡ay! de virtudes su carencia.

A tener llega casi la evidencia
De su futura, deplorable suerte;
Pero á tí ¡oh Dios! contrita se convierte
Implorando confiada tu clemencia.

Qué sin ella, de mí fuera ¡Dios santo!
Sino haz de leña de la eterna hoguera
En la mansión del duelo y del quebranto...

Piadoso acoge mi oración sincera:
Sé de mi vida en el postrer instante
No inexorable Juez; sí Padre amante.

9 de Junio de 1905.

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

(Al señor Pbro. D. Federico Escobedo.)

Ascendit deprecatio
Descendit miseratio.

Después del "Tantum ergo"
solemne y grave
Que con místicas notas
llena la nave;
Y que oloroso incienso
perfuma y sube
En las ondas del éter,
cual tenue nube;
Del Señor el ministro
—por más decoro—
Cubierto de amplia capa
de tisú y oro,
Níveo humeral de seda
al cuello ajusta
Y reverente toma
la Forma augusta,
En la que oculto se halla,
cual tras un velo,
El Señor poderoso
de tierra y cielo.

Oh momento supremo!
pues la Hostia santa
Como sagrado signo—
de paz, levanta
Sobre el pueblo creyente
que se prosterna
Y que en su unción formula
plegaria interna.

¡Oh momento sublime!
¡Todo enmudece!
Cielo y tierra se tocan
¡tal acontece!
Que del suelo se elevan
las oraciones,
Y del cielo descienden
las bendiciones.
Las unas como puro
fragante aroma
Y suaves como arrullos
de la paloma,
Las otras cual fecundo
fresco rocío
Que calma los rigores
de ardiente Estío!

AL DEIFICO CORAZON DE JESUS

MADRIGALES.

I

¡Tú eres Hijo de Dios! cual fiel creyente
Lo proclama mi fe; mas si dudara,
Esa duda ¡oh Jesús! la disipara
El sacrificio de tu amor ardiente:

Vive tu Corazón constantemente
En la hostia consagrada
—De ternura y de gracia rica fuente—
Y eliges nuestros pechos por morada!

II

¡Id hacia El! que en la azarosa vida,
De tristeza impregnada y de amargura,
Consuelo encuentra el alma dolorida
En su Sagrado Corazón; ventura.
El infeliz; un bálsamo á su herida
El enfermo; una linfa fresca y pura
El sediento; y el triste,
Que al falso goce mundanal resiste,
De panal, en su amor, halla dulzura!

III

Del mar en ruda tormenta
Si un náufrago, en lontananza,
Divisa el faro, lo alienta
La esperanza.

En las borrascas del mundo
La esperanza me mantiene,
Que un faro en tu amor profundo
Mi alma tiene!

IV.

Prisionero de amor en el Sagrario
Se halla tu Corazón, y, si al cautivo
O que gime en prisiones solitario
Se acude á consolar, mayor motivo
De visitarte á tí, que en el Santuario,
Do te encuentra la fe presente y vivo,
Tú eres quien á las almas da consuelo,
Y á la tierra la dicha trae del cielo!

V.

Tuum adveniat regnum.

¡Ven á reinar! La sociedad perece
Minada por el torpe sensualismo,

Y, como barco que se abrió en la roca,
A hundirse va del mal en el abismo.

Tu inmenso amor fecundo
Torne de nuevo á redimir al mundo.

Ven ¡oh Cristo! á imperar sobre las ruinas
De la fiera impiedad y el negro encono.
Tú, que en el cielo como Rey dominas,
En la tierra también alza tu trono!

Junio de 1905.

NOTAS